

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La fé.

LEYENDA.

DEDICATORIA.

R....

Te dedico este pobre trabajo: es una leyenda histórico-novelesca. Sé que la fé es la mas esplendorosa de las virtudes de tu alma; motivo por el cual tengo un placer en escribir para tí. Demostrarte lo que vale este inapreciable tesoro, y las fatales consecuencias á que está espuesto el corazon desposeido de él, serán el objeto de la presente.

Recibe esta ofrenda, aunque humilde, en muestra al menos del cariño que te profesa tu amigo

José Calderon Jaues.

PRIMERA PARTE.

Nos hallamos bajo las risueñas bóvedas del cielo de Andalucía, y en las inmediaciones de Sevilla.

Era una hermosa noche de abril de 184... La luna dejaba ver al través de blancas nuvecillas su plateada luz. Era una de esas horas en que la naturaleza parece se abandona al descanso, y que todo cuanto nos rodea, convida á la meditacion ó al sueño.

El mundo, dando tregua por un momento á sus ruidosas tareas, concurre con su si-

lencio á velar el profundo letargo en que aquella reposa. En esas tranquilas horas, fugaces y risueñas para el adolescente que en fantásticos ensueños comienza á entrever su lejana gloria: ¡ pesadas y crueles para el desgraciado que levantando el velo que oculta su porvenir, no acierta á ver en lontananza mas que lágrimas y miserias! En esas horas, repito, el corazon se dilata ó recoge, se esparce ó comprime, y, ó se sumerge en el fondo de una angustia infinita, ó sobrenada feliz por un océano de placeres ilimitados. En esos momentos, verdaderos síntesis de la vida, se apodera de nosotros de una manera absoluta, bien la melancolía, bien la felicidad de la existencia toda; y segun es la pasion dominante, así tambien la imaginacion nos conduce, ora á las regiones del encanto, ora á las del tormento y horror.

En esta encantadora noche, bella, espiritual y pura como un ensueño del primer amor, paseaban dos jóvenes á orillas del Guadalquivir. Una suave brisa ajitaba ligeramente las copas de su espesa arboleda. La luna aunque oculta, asomaba de vez en cuando su alba frente, dando á aquellos edificios y aquel frondoso bosque un aspecto vago, indeterminado, misterioso, fantástico. El rio parecia muerto. Solo las pequeñas lanchas de algunos pescadores que de tiempo en tiempo y muy á lo largo se veian

cruzar en distintas direcciones, eran los únicos objetos que conspiraban á sacarlo de su lánguido reposo. Pero pasado un instante, como si un poder sobrenatural pesara sobre aquellas aguas, volvian estas á recobrar su antigua serenidad, su profunda calma: y todo quedaba otra vez como aquella noche: noche singular que habia en toda la naturaleza estampado su carácter.

Dieron las doce en el reló de la Catedral, y nuestros jóvenes que hacia largo rato paseaban, no daban muestras de abandonar aquel delicioso lugar. Habia recorrido su conversacion diferentes puntos, tomado distintos aspectos, y al cabo la edad vino á darle nueva faz, nuevo jiro; á imprimirle su sello característico.—Era uno de ellos alto, moreno, grueso y como de unos veintitres años. Su frente bastante espaciosa, descansaba sobre dos cejas espesas y arqueadas que daban sombra á unos bellos ojos negros, dulces y penetrantes á la vez. El resto de sus facciones armonizaba completamente con las que llevamos descritas. Llevaba un traje obscuro que hacia resaltar notablemente la noble espresion de su semblante, y daba á su simpático conjunto un aspecto arrogante y magestuoso á la par. Era el otro de menos edad, rubio y de mediana estatura. Su dulce mirada, revelaba desde luego todo el candor de su alma. Sus celestes ojos, que parecia nadaban sobre un líquido transparente, enseñaban allá en su fondo todo un corazon de poeta. Su pequeña boca, parecia destinada unicamente á dejar salir palabras de consuelo. Se derramaba por todo su rostro un tinte tan sombrío, tan melancólico, tan espiritual, que al verle, se despertaba subita é involuntariamente hácia él una profunda simpatía. Llevaba pantalon negro, capota azul y sombrero húngaro, negro tambien, que hacia mas subida la blancura de su tez.

Tenia á la sazón la palabra, y con empeño al parecer de prevenir á su amigo de algun riesgo.

— Ya lo oyes, Fernando, decia: una persona que me merece entero crédito, y que se interesa por su suerte, me lo aseguró esta noche, encargándome además lo pusiera en su conocimiento á la mayor breve-

dad. No he perdido tiempo como ves; hasta encontrarte, para que con prudencia indagues la verdad del caso. — Pero advierte Eugenio, que así se llamaba el otro; que lo que acabas de revelarme es monstruoso. Engañarme inicuamente Julia y Ricardo, las dos personas que me son mas queridas! Olvidarse villanamente el uno de mi amistad y la otra de mi amor, atropellar ignominiosamente los sentimientos mas nobles del corazon!... ¡Ah! ¡no habria fé en el mundo si tal sucediera! Pero... no, no! reponia despues con el acento de la conviccion mas profunda. Ella tan inocente, tan pura, tan angelical; y él tan amante y consecuente conmigo, y serme ahora infieles... Bah! es imposible, imposible! — Otro tanto hice observar, replicó Eugenio, á la persona que me hizo esa revelacion; y no obstante afirmaba con insistencia que era cierto cuanto me decia. — Sin embargo no puedo resolverme á creerlo. Además esta noche le pedí una cita para luego, y propicia me la concedió. De suerte que hasta hacer las primeras averiguaciones, suspendo mi juicio, en la creencia de que estas darán un resultado satisfactorio para mí. — A este tiempo sonaron los tres cuartos para la una, y terminaron su paseo dejando aplazada una entrevista para la mañana siguiente. Se separaron, y á los quince minutos se hallaba Fernando en la calle de Zaragoza, y al pié de la reja de su amada confiado y tranquilo. Llamó suavemente á la ventana y nadie respondió. Llamó otra vez empujando con alguna violencia la puerta, y nada: esta permanecia cerrada. Un temor vago como un triste presentimiento de mal, experimentó. — Es extraño, decia. Ella tan puntual siempre en semejantes ocasiones, y hacerse esperar tanto esta noche ¿Qué le habrá sucedido? ¿Si estará mala? decia, queriendo sofocar la duda que comenzaba á nacer. Pero si le ví esta noche alegre y contenta, reponia despues algo alarmado por este recuerdo. ¡Por Dios que no acierto á explicarme la causa de esta tardanza! Y por otro lado, lo que mas inquieto me va poniendo es lo raro de esta coincidencia. Si será cierto, Dios mió! Esclamaba ahora obedeciendo

la duda que empezaba á serle cruel. Pero sería posible que ellos fueran unos miserables!—Al decir estas palabras quiso llamar y no se atrevió: alargó ya el brazo para verificarlo, y le tuvo suspenso un rato como el que á la vez ansía saber y no saber una noticia que puede serle grata y funesta: como el que teme acercarse al lugar en donde se decide de su vida ó de su honor: como el que no quiere abrir los ojos por no encontrarse de frente con una tremenda desgracia. Al fin lo hizo, pero en vano. La puerta no quiso complacerle esta vez tampoco. El temor, fué creciendo hasta convertirse en una ansiedad profunda: ansiedad que combatía, como combate el que quiere recobrar la esperanza que principia á abandonarle. En otra ocasión, Fernando se hubiera retirado tranquilo, atribuyendo esta ausencia á un percance fortuito, á una causa cualquiera. Pero esta noche era diferente. La revelación de Eugenio y la falta de Felisa le colocaban en una posición excepcional. Tenía para explicarse la segunda que acudir á la primera, y esto lo rechazaba instintivamente. Si recurría á las causas ordinarias, tocaba en otro escollo no menos insuperable. El capricho por verla había crecido hasta convertirse en empeño, en deseo ardiente; y este fenómeno hacia insuficiente la aplicación que las segundas le daban. Se encontraba en una posición angustiosa. No sabía que opinar ni que hacer: pensó retirarse, y no tuvo valor para mover un pié. Al cabo logró desprenderse de la reja que parecía sujetarlo á su pesar, y se puso en marcha indeciso, vacilante y confuso. No había dado veinte pasos, cuando sintió á su espalda un ruido extraño que le sorprendió. Volvió la cabeza, y toda su alma se reconcentró entonces en la facultad de oír. Escuchó, y creyó que provenía del lugar que abandonaba.—Sin duda es Felisa que acude al fin, dijo encaminándose hácia allá á toda prisa.—Insensato, exclamó llegando á la reja y quise aeriminarla ya!—Llamó, y esta vez la ventana permaneció como las demás, cerrada. Tocó otra vez, y nada. Escuchó, observó las otras ventanas y balcones de en frente, tampoco. Un silencio se-

pulcral reinaba en aquella calle. Aquel ruido era indudablemente su deseo. ¡Infeliz! Este nuevo engaño acabó de envenenar su situación.

En este momento, la luna que había asistido á toda esta escena, retiró su presencia de ella, escondiendo su plateada faz entre un negro y espeso celaje. El cielo fué encapotándose poco á poco, hasta quedar la tierra envuelta en una densa obscuridad.

Aquella noche se transformó. De bella, serena y pura, convirtiéndose en horrible y tenebrosa á la par. Tornó á ser de distinta manera expresión fiel, trasunto exacto, puro emblema del estado de ánimo de nuestro joven. Sonó el reloj: dieron las tres. A este tiempo un fuerte ruido como el que produce un enorme cerrojo al descorrerse, hendió los aires. Era la puerta de Fernando que se abría para darle entrada. Penetró este en su casa cavizbajo y pensativo, y aquel se dejó oír otra vez rechinante y pesado: fué estendiéndose allá á lo lejos hasta perderse paulatinamente en el vacío; y después todo quedó sumergido en el más profundo silencio.

José Calderon Ianes.

(Se continuará.)

Lo vot cumplert.

(Le chemin est desert!)

Lamartine.

I.

Era de nit, prop la una,
Y com un globo de foch
S'axecaba poch á poch
Del fondo del mar la lluna.
Desdel occident al nort
Negres núvols se extenian,
Y per l'ayre s'espargian
Com los cabells de la mort.
Bufaba furiós lo vent
De quant en quant revenint,
Y las canyas sacudint
Apareixía un torrent.
Bramaba l' mar brumerós

Contra la platja llansat,
Y al silenci y soledat
Daba un aspecte horrorós.

Ajudat de aquesta nit
De certa ciutat venia,
Y al camp sant se dirigia
De negre un bulto vestit.

Com la sombra de un finat
Camina pausat y mut:
Tè cosas de un atahut
Per los vents movilisat.

De quant en quant se deté...,
Se gira... escolta... s' resol...
Pensaria qualsevol
Que alguna maldat va á fé.

Lo rellotge de la Seu
Al través de tant brugit
Toca la una... y del pit
Llansa l' bulto un ; ay Dèu meu!

De repente s' veu brillá
Lo flam, allá lluny, d' un ciri...
Ha surtit del cementiri!
Se belluga..., ¿qué será?

Del ciri la trista llum
Mitg apagada pel vent
Véure unas faccions consent
Blavinegras com lo fum.

Lo bulto desconegut
Se para sobresaltat...
Presurós lo cor li bat...
Sòn coratge está abatut.

Mès prompte tornant en sí,
Sacut la por quel estrella...
Dos pistolas amartella
Y prosegueix sòn camí.

De vent una rebufada
Mes irritada que may
La llum apaga y un ay!
Óuse de veü desmayada.

Dels núvols detrás del vel
La lluna s' ha amagat,
Y extremada fosquedat
Confon terra, mar y cel.

Ab passos lentos s' avansa
Lo bulto cap al camp sant:
Tan sols li falta un instant
Per realisar sa esperansa.

Tot favoreix los seus fins...
Palpant la porta escorcolla...
Ja la clau al pany sorolla,
Espeny..., ajusta..., ja es dins.

II.

Apenas humidias las malvas trepitja
Que brotan á expensas del cos sepultat,

Lo cor se lí para..., la pell se lí gela...,
Li rega los membres suor de finat.

Ni veu de las tombas lo trist epitafi,
Ni humils de las fossas ovira las creus:
Y l' ruido que escolta de l' herba moguda
De morts que s' axecan li semblan las veus.

Mès sent revenirse, y l' poch que li resta
De antigua bravura per cert que li val:
Destapa una ampolla que porta á propósit
Y duas glopadas se beu de cordial.

Y torna á sòn centro, la vida li torna,
Li tornan las forsas que anaban fugint;
Cundeix per sas venas un foch que l' exálta
Y avansa... los ninxos á tientas seguint.

Mès ay! que la fosca las llosas oculta
Que mudas revelan los ñoms dels difunts,
Y en va s' desespera buscant la que tapa
La hermosa ab qui un dia ploraban tots junts.

III.

¿ Ahont es, infelis criatura,
Suspirat aliment del meu cor,
Ahont es la preciós sepultura
Quet doná inexorable la mort?

Ay! ahont! quels' meus ulls se complaguen
Lo epitafi callat recurrent...
Quels meus ulls agotats no s' apaguen
Sens cumplir mon sagrat jurament.

Aquí m' tèn sol vivent tal vegada
Entrels mòlts que la mort ha vensut;
Mès ma vida com ells apagada
Sols demana á sòn Dèu l' atahut.

Res m' espanta: aquest siti, aquest' hora
Ja horrorosos no son pera mí:
Y l' meu cor que pateix y que plora
Solament palpar podrá aquí.

Horrorosa es la fosca importuna
Que nom' deixa mas ánsias calmar:
Nom' tapéu la claror de la lluna
Núvols cruels! ay! deixaula brillar.

Y si acás la borrasca empenyada
Dèu en trons descargar sòn furor
Que llampegue y la llum asofrada
Dels llampechs done etern resplandor!

Surte alménos fosfórica llama
Dels cadáveres que ha l' temps consumit,
Y l' viu foch ab quels' aires inflama
Done treguas al foch de mon pit.

Y si l' fi m' consegueix que aquí m' porta
De la vida torment sempitern,
Surte un flam... mès que sia... no importa
Lo flam negre del hórrido infern!

Ay! alménos ton ánima pura
Me surtis com mòlts créuhen que surt!
Surtme, hermosa, guardant la postura

Qual dols goig pera mí fou tan curt!
 Surtme, sí... quels teus ulls ay! me miren
 Com mirarme solian sovint...
 Que l' aliento tos llabis espiren
 Quem gosaba altre temps recullint!
 Surt vestida com sempre jo t' veyá
 Sensilleta, sens pompa, ni orgull,
 Pentinada com sempre jo t' deya...
 ¿Ten recordas, ma verge?... axí t' vull.
 Axí t' vull, ángel meu, y enganyada
 La meva ànima quiet veu ja creurá;
 Creurá véuret felis tal vegada
 Y l' torment del meu cor calmará...

IV.

Oh! sí..., ja t' veig! lo moribundo aspecte
 Que sobre l' llit sentada
 Donabas als meus ulls en la vetllada
 Que tem' roba la mort, es ay, lo que ara.
 Contemplo commogut: teva es la cara
 De sepulcral gregor que fixá m' mira...
 Teu es lo pit que roncament suspira;
 Teus los cabells que sobre l' front te queyan
 Banyats en fret suor... perdó... estimada...
 Del íntim del meu cor!... perdó si osada
 Ton sacrosant repós la passió mia
 Profana ha perturbat!... jo no podia...
 Ah! no ten vajas, no... la veu profunda
 Ab que m' parlas sofoca...
 Tanca per Dèu la boca
 Que deixa moribunda
 Surtir á mots la amarga despedida!
 Callá per Dèu! arráncam ay! la vida
 Y no pronúncies més unas paraulas
 Que en mos oídos sens cessar ressonan
 Per mon etern torment... *no hi veig... m' ofego...*
Se m' entelan los ulls... no més!... no parles!...
 Nom repetescas, cruel, tan tristas cosas!
 Enfónsam dins de las geladas llosas
 Que tapan los difunts, y ménos feras
 Serán per mi sas espantants figuras!...
 Ahont vas?... qué vols?... que freda estás...
 (ay deixa,
 Déixam anar!.. no puch..., la forsa m' falta..
 Fantasma cruel... déixam estar... perdónam!
 Men tornaré.. tanca aquets ulls quem' gelan..
 Tánca per Jesucrist que sas miradas
 Me espantan en extrem!.. correu.: socorro!.,
 Sepulturér!!!

V.

Un terratrémol horrorós sofoca
 Del infelis enagenat la veu;
 Oberta está sa convulsiva boca
 Y apartat lluny l' un peu del altre peu.
 Del cementiri la ajustada porta

Bufant ab furia l' vent ha sacudit,
 Y retronant la sacudida forta
 Los ecos sepulcral la han repetit.
 Blanch resplandor subitament la cara
 Del bulto ha il·luminat... es un llampech:
 Llampech atrós que no ha esclatat encara
 Y ha commogut lo món del tró l' bram sech,
 Y hanse de un jove las faccions mudadas,
 Ab la claror del llamp, bèn descubert,
 Fortas passions allá en sòn front marcadas
 Sòn pit á tots tancat han ara obert.

Un negre drap que li serveix de capa,
 De tafetà, com un manteu tallat,
 De sa figura misteriosa tapa
 Ab descuidada gracia la maitat.

L' estrépit horrorós del tró y la porta
 De sòn fatal abatiment l' han tret:
 Li bat lo cor y son vigor conforta
 La impressió fonda que l' soroll li ha fet.

Puig del camp sant precipitat, y apenas
 Tocan sos peus las pedras del brancal,
 Ouse un soroll igual al de cadenas,
 Óuse una veu á veu de tomba igual.

Surt y l' enlluerna l' resplandor d' una atxa
 Que porta á la ma esquerra una visió:
 Qual blavinegra y espantosa fatxa
 Al més pintat infundiria pó.

Mescla confusa de rahó y deliri
 Que en casos tals un no fanátich sent,
 Fa que aquell jove de sas armas tiri
 A la fantasma derribar creyent.

Y es la mateixa que aquell llum portaba
 Antes de entrar lo bulto en lo camp sant;
 Es la mateixa, la coneix, que acaba
 De confirmarli son obscur semblant.

Y en un moment de convulsió espantosa
 Tira l' gatillo, la fantasma cau,
 Y sos vestits inflama resinosa
 L' atxa de vent que sobre l' herba jau.

Tot queda mut: la tempestat passada;
 Renaix lo dia ab dolsa claredat,
 La porta del camp sant está tancada
 Res hi ha que allí indique l' que ha passat.

Pau Estorch y Siqués.

Hojas secas.

Negras nubes cruzan por el espacio; la
 naturaleza está pobre y marchita; la vasta
 llanura ofrece un paisaje sin colores, herido

de una luz pálida y triste. En medio de esta soledad veo un álamo que levanta al cielo sus desnudos brazos, como si implorara piedad para su desventura: ni una hoja le queda al pobre árbol; todas rodaron impelidas por el crudo cierzo, hasta diseminarse por el mundo. ¡Y aquellas hojas darán esplendor y lozanía á otros séres!

¡Pobre álamo! me entristece tu desventura, y no puedo apartar de tí los ojos porque también tiene el dolor su atracción. Mis ilusiones rodaron como tus hojas; desgajáronse una á una del corazón, y volaron y se perdieron al furioso viento de la vida. Adonde fueron?... Mi corazón ha quedado triste y pobre como tú.

No des esos quejidos al viento que te sacude, porque te queda la esperanza. Pasarán las escarchas y el aquilón y los días nebulosos, y renacerán las frescas alboradas y los días rientes y los céfiros voladores. No gimas álamo, que volverás á ostentar tu verde follaje y ejercerás otra vez el imperio de la llanura. Benditos los que guardan la esperanza! las ilusiones que fueron no volverán. Las hojas del alma, no renacen como las hojas de los álamos. Me queda solo el recuerdo.

¡El recuerdo! Es el recuerdo el lago tranquilo donde se refleja nuestra vida, es el cuadro mágico que á la vez deleita nuestra alma y la comprime. ¿Nos es dado quizá para que mejor comprendamos nuestro destino? ¿O tal vez para que desesperemos al mirar las risueñas horas que huyen sin poderlas alcanzar nuestro afán? ¿O para que nos sirvan de consuelo en nuestra desdicha, cerrando los ojos al presente, y viviendo solo para el pasado?

Contemplé una imagen bella como la estrella del día; sus labios de vírjen me sonrieron dulcemente, y sus ojos me miraron con amor. ¡Ah! Rebosaron de dicha nuestros corazones

y necesitábamos comunicarla á los séres que nos rodeaban. Todo nos sonreía. ¿En qué abismo cayeron aquellas horas?

Aquel amor voló al cielo como para no ennegarse en la tierra; voló puro en alas de suaves y olorosos céfiros, y vestido de ropas blancas que le prestaron el candor y la inocencia. ¡Pobre amor mio! Aun te llora el alma. Pero no; en este mundo de destierro hubieras perdido tu esquisito perfume; en el cielo vivirás hermoso y eterno como naciste, immaculado como el soplo divino que te dió aliento en el alma de una muger.

Un día me sofocaba negra melancolía; el alma se anublaba bajo las sombras del dolor; el corazón latía fuertemente, y parecía querer saltar del pecho para volar tras el bien que ha perdido. Recorrí los lugares testigos de mi dicha: bajé al jardín; precipítame hácia un rosal intérprete de nuestras primeras emociones. Mas, ¡ay! Allí me había dado ella la primera rosa blanca; el rosal estaba ahora sin flores y caían una á una sus hojas. Han volado como había volado mi ventura, y como han volado hoy las galas con que el álamo se vestía.

Quedé estático mirando como rodaban por tierra aquellas hojas secas impelidas por el viento de otoño, y como me daban su adiós al arrastrarse con un ruido triste que hería hasta las fibras del corazón. Parecían querer resistir la fuerza que las guiaba; luego corrían velozmente hasta precipitarse en un manantial, y navegaban por él á impulso de la corriente. ¡Triste semejanza con la fría resignación del desgraciado! Se resiste, combate su fortuna, suspira y llora; luego secos los ojos de tanto llorar, insensible el corazón de tanto sufrimiento, se abandona viendo su desgracia y navega indiferente por la corriente de vida.

Quedaba en el rosal la última hoja. La dis-

puté al desapiadado viento de la tarde, y la guardé aváro de las sensaciones que me recordaba. Aquella hoja representaba todo un poema de sentimientos.

Juan Bautista Ferrer.

Las parábolas del divino Maestro.

La vestidura nupcial.

«El Reino de los cielos semejante á un Rey, esta parábola os declara, que un festin delicioso y abundante en las bodas de su hijo celebrara. Sus emisarios, sin perder instante, á muchos convidados despachara, mas por desprecio al príncipe se niegan, y vez segunda á convidarlos llegan.

«Decid que están las carnes preparadas y en toda su sazón y condimento las aves á la mesa destinadas.» Sus domésticos cumplen al momento. Lejos de concurrir alborozadas al real convite del Monarca atento, las gentes le desprecian, y á sus quintas parten unos á cosas bien distintas:

Otros se van á los quehaceres varios, y otros llevando al frenesí su encono, afrontan á los reales emisarios é inmolan á los aúlicos del trono. Sabedor de sus crímenes nefarios, el Rey airado, en iracundo tono, tropas manda á prender los homicidas, que abrasen su ciudad, bienes y vidas.

Hecho lo cual, añade sosegado: «ya veis que mi festin está dispuesto, mas no eran dignos dél los que he llamado: á los caminos id, echad el resto: conducid los que hallareis, sin cuidado, por esas avenidas, al apresto:» y los siervos del Rey, dadas que fueron, con prontitud sus órdenes cumplieron.

Del gran festin poblaron los salones indiferentemente recogidas, gentes buenas y malas á porciones, de las nupciales ropas asistidas. El Rey, despues de dar disposiciones, entró á ver las personas concurridas: y al notar de uno sólo la figura sin la nupcial precisa vestidura:

Le oyó esclamar la concurrencia toda: «cómo es, amigo mio, que has entrado sin la ropa nupcial á régia boda?» Así manifestó su desagrado.

Por esa sordidéz que le incomoda, de pies y manos el intruso atado, ordena á sus ministros inferiores le hundan en las tinieblas exteriores.

Su trozo parabólico tremendo al concluir, añadió de Dios el Hijo: «muchos son los llamados, pocos siendo los escogidos:» como ya nos dijo. Nó sus misterios descifrar pretendo, si humildemente á la sazón colijo, que al llamarnos por gracia su terneza, debemos ir, al menos, con limpieza.

Siquier decentes al Señor vayamos, ya que méritos grandes no llevemos, cuando de gracia en su morada entramos los que la eterna muerte merecemos. No sin tal vestidura fallezcamos, no sin ropa de boda nos hallemos, que desnudós al ir de la existencia...

yá no habrá remision, no habrá indulgencia! ¿Puede el alma vestir ropa mas fea que el haraposos trage dél pecado? ¿y qué dirá el Eterno cuando vea de su asquerosidad el ruin estado?

¡Será que de ira santa se posea, será que de su crimen indignado, intíme á los celestes moradores la arrojen en tinieblas exteriores!

Nosotros que en lugar de los judíos, por la gracia aspiramos á la gloria, grabemos sin tibieza, sin desvíos, parábola terrible en la memoria. Para que mansos, limosneros, píos, con la ropa nupcial propiciatoria, no quedemos escludidos de la mesa que á todos los cristianos interesa.

Francisco P. Varela.

ALBUM.

Hemos leído las bellísimas poesías, que con el título de *Suspiros del alma*, ha publicado hace poco el distinguido escritor D. José Blanxart y Camps. El espíritu altamente religioso y la ternura que respiran todas ellas, nos obligan á recomendar su lectura á los que estimen como nosotros, tan apreciables cualidades en esta clase de obras.

Con una verdadera satisfaccion, damos cabida en las columnas de nuestro periódico, á la linda y poética leyenda titulada *La Fé*. Contamos desde hoy al Sr. Calderon en el

número de nuestros colaboradores, y el temor de que se nos tache de poco modestos nos priva de enumerar las bellezas de que abunda esta producción. Sin embargo, esclavos del mérito, no podemos pasar en silencio la riqueza y galanura de los pensamientos que en ella abundan, la melodía del lenguaje y las brillantes descripciones que la realzan.— Reciba su autor nuestro sincero y cordial parabien.

Con el mayor gusto acabamos de saber que por Real orden de 3 del que rige, en vista del dictamen puesto por el Sr. Censor, ha sido autorizada la representación del drama en 3 actos y en verso, original de nuestro amigo y colaborador D. Narciso Blanché Illa. Felicitamos por ello de todo corazón al joven autor de *Flaquezas del alma*, y esperamos nos proporcionará la satisfacción de verla puesta en escena en el coliseo de esta capital; no dudando que al verificarse esto, recogerá el fruto de sus trabajos y que el ilustrado público de Gerona dará á su primera producción dramática la acogida de que es digna; pues apesar de lo poco oportuno de la época para los poetas, hemos visto que «muchos mereciendo menos, tienen alcanzado mas.»

F. Zappino.

¡A un miriñaque!

SONETO.

Érase un *nosequé* de gran balumbo,
De periferia máxima..., ampulosa...,
Érase un *mongolfer* color de rosa
De mucho *aquél*, y extraordinario rumbo.
Érase..., (y en verdad que no me zumbo),
Una *pollera* inmensa y fabulosa,
Que *chocando*, al marchar, con cualquier cosa,
Daba un tumbo acullá y allá otro tumbo.
Semejante á la *urca* que en mar gruesa,
Destruído el bauprés y estanteróles,
Bamboléase siempre, y nunca cesa;
De igual suerte, ¡oh gran mole de las moles!
Eres la admiración de la *Dehesa*,
El pasmo de la *plaza de las coles*.

Buenaventura Perez.

Crónica teatral.

Contra lo generalmente establecido, vamos hoy á empezar con un final, y concluir con un principio.

Esto es; el final de la última quincena de la compañía dramática que ha actuado en nuestro teatro, y la primera función de una serie de otras *bailable-cómicas*.

Dos-son las funciones de que daremos cuenta, por una parte, y de una por otra.

En aquellas se pusieron en escena la chistosa comedia en dos actos, *Llueven bofetones* y *Pablo el marino*.

La primera es harto conocida ya, sin embargo de que por su chiste y su bonito argumento suele agradar.

En su ejecución, si bien el Sr. Arquer no desempeñó mal el papel de *Duque de Ferrara*, no nos gustó, porque encontramos que no le era muy propio. Los demás que le acompañaron en el desempeño, estuvieron regularmente.

Pablo el marino, drama en cinco actos y original de Alejandro Dumas. No hay duda que esta producción tiene sumo interés y abunda en situaciones altamente escénicas; pero vertida al español pierde todo su mérito. Se aviene además muy mal con nuestras costumbres, puesto que no podemos concebir que una madre dé oídos, antes que al amor maternal, al orgullo y á la vanidad. Si fuésemos á examinar los detalles de esta composición, encontraríamos muchas bellezas, pero también haríamos resaltar grandes defectos.

En cuanto á su ejecución se portaron bastante bien la Sra. Massa, la señorita Cuello y los Sres. Vilardebó y Girbal. Los demás se esforzaron en secundar á sus compañeros, procurando el sostenimiento del drama.

El jueves, la nueva sociedad que ha tomado á su cargo el teatro, para dar en él algunas funciones, empezó con la pieza en un acto *Una apuesta*, siguiendo un divertimento de baile francés, titulado *El lucero del alba*; á lo cual siguió otra pieza, dando fin con un baile español, bajo el título de *La Estrella*.

Las piezas, desempeñadas especialmente por el Sr. Ortega y la señora Rodríguez, son unos simples juguetes, pero de buen efecto. En cuanto á la ejecución estuvieron algo mejor en la segunda, que en la primera.

Por lo que respecta á las parejas de baile, no podemos juzgarlas por una sola función.

Sin embargo, hallamos en el Sr. Ronconi Méndez suma agilidad y bastante precisión, aunque por falta de ensayos, la orquesta se perdió varias veces.

La Sra. Cristina Méndez nos gustó también en *El Lucero del alba*, pero mucho mas en *La Estrella*. Tiene mucha gracia, y fué justamente aplaudida.

El Sr. Perez es ya conocido del público gerundense, y sabemos que tiene merecida reputación.

En otro número nos estenderemos mas.

Por los sueltos que van sin firma,

Francisco P. Varela.

Director y Editor, FRANCISCO P. VARELA.